

## UNA RELIQUIA DE D. CAMILO TORRES

Monseñor Carlos Cortés Lee ha obsequiado a la biblioteca del Colegio con un ejemplar, en dos volúmenes, del texto griego del Antiguo Testamento, obra que perteneció a nuestro egregio colegial el doctor don Camilo Torres. Esta preciosa dádiva ha sido debidamente agradecida.

El primer tomo fue regalado a monseñor Cortés por el señor don Cecilio Cárdenas, nieto del prócer, quien conservaba el libro como recuerdo de familia. Años después don Pedro Pablo Calvo donó a monseñor Cortés el volumen segundo, adquirido en una venta de impresos de segunda mano. Los dos tomos están forrados en badana y miden 16 centímetros de largo por 10 de ancho. El primero consta de 903 páginas a dos columnas; el segundo, de 928 páginas, en la misma forma. Contiene el uno los libros sagrados desde el Génesis hasta el de Ester, inclusive; y el otro desde Job hasta el segundo de los Macabeos.

El título del libro es el siguiente:

Η ΠΑΛΑΙΑ ΔΙΑΘΗΚΗ ΚΑΤΑ ΤΟΤΣ ΕΒΔΟΜΗΚΟΝΤΑ.  
*VETUS TESTAMENTUM ex versione SEPTUAGINTA  
INTERPRETUM, secundum Exemplar Vaticanum Romæ  
editum.—Trajecti ad Rhenum Apud Guilielmum vande  
Water et Jacobum van Poolsum, MDCCXV.*

Ambas portadas tienen al pie una línea, impresa con sello de tinta negra que dice *D. D. Joseph Camilo de Torres.*

La obra, aunque en buen estado, revela largo y frecuente uso.

Sabemos, pues, que aquel grande hombre que se llamó don Camilo Torres conocía como propia la lengua griega y que estudiaba sin cesar la Sagrada Escritura, valiéndose no sólo de la Vulgata latina o de traducciones al castellano, sino del propio texto de los Setenta. Y aquí tenemos un ejemplo para la juventud que se está formando en nuestra patria.



Hoy se reclama—y el Rector del Colegio del Rosario con más ahínco que nadie—que se dé a la mayor parte de la juventud una educación más práctica que hasta ahora, que le permita explotar nuestras inmensas riquezas y fomentar, sin perjuicio de la perfección moral, todos los progresos materiales.

Pero no hay que olvidar que el éxito del minero, del fabricante, del agricultor, del mercader, están fincados a los trabajos de laboratorio, llevados a cabo en largas vigiliias, sin esperanza de lucro inmediato, por abnegados sabios, en los diversos ramos de las ciencias naturales y de aplicación. Los progresos alcanzados hasta hoy entre nosotros se deben a un José Triana, a un Francisco Bayón, a un Liborio Zerda, a un Manuel Uribe Angel, a un Juan de Dios Carrasquilla. Y todos ellos murieron, unos en la pobreza, otros a penas en modesta medianía.

Y un investigador de las ciencias naturales no llega a descubrir nuevas verdades ni a aplicar las comprobadas en Europa, si no posee una elevadísima cultura intelectual; la que no se adquiere sin el estudio de las humanidades, de la historia y de la filosofía.

Hoy se nos presenta resucitado uno de los hombres más grandes de nuestro suelo, preparado con el conocimiento del latín y del griego y de las santas Escrituras a la magna tarea de fundar una patria independiente. Porque don Camilo Torres fue humanista y filósofo y cristiano teórico y práctico, pudo redactar el *Memorial de agravios* que es el Génesis de nuestra independencia; pudo hacer vibrar la tribuna con su palabra luminosa; pudo adivinar el genio de Bolívar; pudo ir sereno y sin miedo a derramar su sangre en el patíbulo.

Necesitamos menos bachilleres, menos doctores; pero es indispensable que tengamos una aristocracia ver-



daderamente científica; que no renunciemos a nuestras glorias literarias que nos han hecho estimar y respetar en toda la America hispana. Para ello deberían hacerse más intensos los estudios de literatura y filosofía, y sería preciso que el Gobierno abriera a los doctores un ancho campo en qué ejercitar, para bien de la patria, los conocimientos adquiridos.

---

## EL NIDO DE GORRIONES

Ancho, huesoso, atlético, con los hombros robustos, las piernas fuertes y el cuerpo encorvado por la edad, era el tío Roque un campesino aragonés que llevaba con energía sus setenta y cinco años y la administración de sus fincas y propiedades, calculadas por los inteligentes del contorno en ciento cincuenta mil duros; un capital, diariamente vigilado por su dueño, que recorría sus tierras sobre un caballo de mala muerte para inspeccionar y dirigir la siega en agosto, la vendimia en septiembre, la siembra en invierno, el esquileo del ganado en primavera, la recolección de frutos en otoño, y las múltiples faenas de la agricultura en todo tiempo, sin cuidarse del calor, ni del frío, ni del aire, ni de la lluvia; atravesando una atmósfera de fuego cuando el sol abrasaba los campos, y una sábana de hielo cuando la nieve, cayendo de las nubes, se extendía en forma de mancha monótona desde los más hondos repliegues del valle hasta los más altos picachos de la sierra.

Porque el tío Roque no quería dejar nada a la inspección ajena; la más insignificante semilla pasaba por entre sus dedos antes de caer sobre la tierra, aquella tierra suya, completamente suya, a la que quería y amaba con ternuras de abuelo y codicia de amante ce-

